
Memorias de adolescencia en Chiguará: Entre montañas, campanas y maestros inolvidables

María Cecylia Méndez Anaya

Magíster en Educación. Docente en la Universidad de Los Andes (ULA). Núcleo Universitario “Dr. Rafael Ángel Gallegos Ortiz”. Mérida, Venezuela. cecylia@gmail.com

Chiguará es una localidad del estado Mérida en Venezuela, situada en la región andina, a aproximadamente 40 minutos de la ciudad capital del estado. Esta parroquia se encuentra asentada en la vertiente norte del lado sur de la cordillera de los Andes, a una altitud de 900 metros sobre el nivel del mar. Caracterizado por su atmósfera apacible y su ritmo pausado. Chiguará presenta una vida cotidiana tranquila, especialmente en aquellos días que no coinciden con fechas festivas o celebraciones locales. En este entorno rural y sereno funcionan las instituciones educativas de nivel primario y secundario, que constituyen el eje fundamental de la formación académica de los niños y jóvenes de la zona.

Fue entre los años 1989 y 1994 cuando cursé mis estudios de educación secundaria en la única institución para ese entonces llamada: Unidad Educativa “Francisco Antonio Uzcátegui”. La experiencia educativa en Chiguará estuvo profundamente marcada por su contexto geográfico y sociocultural, el cual imprimía un carácter particular a la vida escolar y comunitaria.

Chiguará, enclavado entre montañas y colinas sembradas de cafetales y pastizales, ofrecía un paisaje que propiciaba la contemplación y el recogimiento. Las jornadas transcurrían con la serenidad de un tiempo que parecía moverse lentamente, casi suspendido entre el canto de los gallos al amanecer y el eco de las campanas de la iglesia cada hora. Asimismo, esos repiques se hacían sentir cuando alguno de sus habitantes daba su último suspiro; igualmente, se escuchaban con alegría durante las fiestas religiosas del pueblo cuando este recobraba una vitalidad vibrante y la plaza se llenaba de música, color y alegría.

Los habitantes participaban activamente en actividades culturales y recreativas que fortalecían el sentido de pertenencia.

El proceso educativo, aunque modesto en recursos con pupitres de madera y pizarras de color verde empolvadas con tiza blanca, se desarrollaba en un ambiente donde el conocimiento se entrelazaba con los valores propios de la vida rural: el respeto, la cooperación, el esfuerzo constante. Las aulas, aunque sencillas, constituían espacios de crecimiento personal e intelectual, donde el aprendizaje se enriquecía con el entorno natural y humano que nos rodeaba. Fue en ese contexto donde se sentaron las bases de mi formación, no solo académica, sino también ética y emocional, forjando una etapa crucial en mi desarrollo como individuo y como futura profesional.

En ese mismo escenario conviví con un grupo de docentes que guiaron y orientaron mi proceso de aprendizaje en las diversas áreas del saber. En su mayoría eran foráneos que se trasladaban desde zonas urbanas hasta Chiguará con la vocación de impartir conocimiento en un entorno rural. Entre ellos, recuerdo con especial gratitud a la profesora Mailing, quien desde su rol como autoridad de la institución me enseñó el valor de la responsabilidad y la constancia como pilares fundamentales para alcanzar las metas y construir los sueños. Su ejemplo dejó una huella perdurable en mi formación.

También formaba parte del equipo docente la profesora Omai-ra, encargada del área de Ciencias Biológicas. Su carácter fuerte y su exigencia académica marcaban el ritmo de sus clases. Aunque en lo personal no consideraba esa área como una prioridad dentro de mis intereses, comprendía su importancia dentro de una formación integral.

Por otro lado, el profesor Castillo, responsable del área de Matemáticas, se distinguía por su firmeza en cuanto a disciplina y comportamiento. Las matemáticas, al igual que las ciencias biológicas, representaban para mí un desafío, ya que no despertaban mayor interés y las asumía con dificultad. No obstante, sus enseñanzas me llevaron a enfrentar las obligaciones con responsabilidad y respeto, aun cuando no se tratara de contenidos afines a mis preferencias personales.

Además de los docentes ya mencionados, hubo otras figuras memorables que contribuyeron significativamente a mi formación en

aquellos años. Entre ellas, la profesora Eira destacaba no solo por ser la única docente originaria del pueblo en ese momento, sino también por su carisma y compromiso con la enseñanza de la literatura. Era una profesora exigente, firme en sus criterios académicos, pero con un carácter afable y un sentido del humor que hacían de sus clases espacios encantadores y desafiantes a la vez. Nos introdujo en la lectura de grandes clásicos de la literatura latinoamericana y universal, como Doña Bárbara de Rómulo Gallegos y Cien años de soledad de Gabriel García Márquez, estimulando en muchos de nosotros el gusto por la lectura y la reflexión crítica. Hoy en día, con orgullo, puedo decir que la relación con ella se ha transformado en una amistad valiosa que se mantiene en otros espacios de encuentro y colaboración.

Asimismo, la profesora María, encargada del área de Educación Artística, dejaba en cada clase una huella de sensibilidad y dedicación. Era una persona afable, cercana y empática, que combinaba la calidez de su trato con una exigencia clara desde su área de conocimiento. Más allá de las aulas, su presencia era activa dentro de la comunidad: participaba y colaboraba con actividades culturales y educativas del pueblo, demostrando un genuino compromiso con el entorno en el que ejercía su labor docente.

La profesora Ítala, quien impartía las asignaturas de Física y Dibujo Técnico, se destacaba por la claridad de sus explicaciones y la cercanía con sus estudiantes. Sus clases eran agradables y dinámicas; lograba captar nuestra atención de manera natural. Mostraba siempre una actitud relajada, paciente y empática, brindando apoyo y demostrando confianza en las capacidades de cada uno. Esa combinación de serenidad y compromiso la convirtió en una docente admirada y muy querida.

Otro de los profesores que dejó una impresión perdurable fue el profesor Carlos Rojas, docente del área de Ciencias en el primer año. Su estilo particular de enseñanza integraba constantemente situaciones de la vida cotidiana con los contenidos del aula, facilitando así la comprensión de los temas y dándole sentido práctico al conocimiento. Con un carácter jovial y espontáneo, su carisma y humor lo hacían inolvidable. Era, además, un apasionado conversador que solía bromear

con simpatía sobre su preferencia por las estudiantes trigueñas, lo cual generaba risas y complicidad entre sus alumnos, sin perder nunca el respeto ni la seriedad hacia su rol educativo.

También estuvo la profesora Ana Julia, quien nos dio Biología en los últimos años. Era una docente muy centrada en su área, dedicada y exigente. Siempre nos dejaba tareas y trabajos para la casa, los cuales revisaba cuidadosamente en su cuaderno al día siguiente. Su manera de evaluar nos mantenía atentos, y gracias a ella aprendimos a ser más responsables con nuestras asignaciones. Su firmeza y compromiso con la enseñanza dejaron una huella en nuestra formación académica.

La rutina escolar en la Unidad Educativa “Francisco Antonio Uzcátegui” seguía un ritmo sencillo pero significativo. Las jornadas comenzaban a primera hora de la mañana, cuando el aire aún conservaba el frescor de las montañas y el cielo se despejaba lentamente. Los estudiantes, provenientes tanto del casco central del pueblo como de sectores aledaños, llegaban a pie, algunos tras recorrer largas distancias por caminos de tierra y tramos empinados. El saludo matutino en el patio central, bajo el asta donde ondeaba la bandera, marcaba el inicio de las actividades académicas.

Las aulas, organizadas en módulos independientes, eran espacios de convivencia más que de simple instrucción. Las clases se ejecutaban en bloques de 45 minutos, y aunque el mobiliario era austero y los recursos limitados, los docentes se esmeraban en transmitir sus conocimientos con entrega y creatividad. No era raro que los materiales didácticos fueran elaborados por los propios profesores o incluso por los estudiantes, como parte de actividades grupales o exposiciones.

Los recreos ofrecían un respiro al quehacer académico; en ese breve tiempo, el patio se transformaba en un espacio de socialización, juegos sencillos y conversación. Allí también se compartían meriendas caseras, se intercambiaban anécdotas del fin de semana y se fortalecían vínculos de compañerismo que trascendían el aula.

Las tardes, cuando tocaban clases en horario extendido, solían tornarse más calurosas, lo que hacía que el cansancio se mezclara con la expectativa del regreso a casa. Sin embargo, el compromiso de los docentes y el ambiente comunitario lograban mantener la atención y

el interés de la mayoría. Más allá de los contenidos académicos, se fomentaban actitudes de respeto, participación y pertenencia, elementos fundamentales en una comunidad donde la escuela ocupaba un lugar central en la vida cotidiana.

Recordar aquellos días es evocar no solo una etapa formativa, sino también una época de construcción de identidad, donde el contexto geográfico, la cercanía entre estudiantes y docentes, y el valor de la educación como herramienta de superación convergían para dar sentido a cada jornada.

A la distancia, evocar aquellos años escolares en Chiguará es reconocer la profundidad de una experiencia formativa que trascendió las aulas. La suma de paisajes, afectos, rutinas y enseñanzas fue configurando un entramado significativo que no solo alimentó mi curiosidad intelectual, sino que también forjó mis valores y mi sensibilidad social. Cada docente, con su estilo particular, aportó una semilla a ese proceso de crecimiento; y cada jornada, con sus desafíos y aprendizajes, contribuyó a modelar la persona en la que me convertiría. La escuela, más que un espacio físico, fue un hogar de conocimiento, y Chiguará, con su modesta grandeza, sigue siendo un referente entrañable en mi memoria y en mi identidad.